

Feliz Navidad para “todos”

Soy consciente de que una parte nada desdeñable de la sociedad celebra la Navidad sin referencia religiosa alguna; mientras que otros entendemos que lo central de esta fiesta —como su propio nombre lo indica— es la conmemoración de la natividad de Jesucristo, en quien reconocemos al Hijo de Dios hecho hombre. Los actuales adornos navideños que llenan nuestras calles, caracterizados por figuras geométricas y sin un mensaje explícito, son muestra de la versatilidad de una sociedad en la que conviven dos lecturas de la realidad: la religiosa y la secularizada (en diversos grados, una y otra).

¿Se trata acaso de dos concepciones o de dos mundos incomunicados e incomunicables? Ciertamente, no creo que sea así. Más bien, estoy convencido de que los valores con los que se celebra esa Navidad “laica” tienen más relación de lo que cabe suponer con los valores de la Navidad “cristiana”. ¿Cómo conectar estos dos mundos? ¿Cómo ponerlos en diálogo desde unos valores comunes? Me voy a servir para dar respuesta a estas preguntas de algunas de las intuiciones y expresiones de nuestro Papa Francisco contenidas en su reciente Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”:

La Navidad es en primer lugar una llamada a la ternura... ¿A qué se refiere Francisco cuando proclama a los cuatro vientos: “¡No tengan miedo a la ternura!”? ¿Es que acaso la ternura puede darnos miedo? Lo lógico sería pensar que el miedo estuviese originado por la antipatía, la grosería, o el rencor... Sin embargo, el miedo es también una sensación que solemos experimentar cuando barruntamos que nos puede ser arrebatado algo a lo que estamos apegados. El miedo a la ternura es el miedo a quedarnos desnudos de las falsas seguridades en las que solemos apoyarnos: ideologías, prejuicios, hábitos egoístas, presunción de saberlo todo, prepotencia, etc.

Cuando perdemos la capacidad de abrazar y de mostrar afecto, algo grave está ocurriendo en nosotros. En este año 2013, marcado por la llegada del Papa Francisco, nos han impactado sus gestos de ternura hacia los niños y los enfermos. Han quedado grabadas en nosotros las imágenes del Papa besando y acariciando algunos rostros deformes, que hubiesen provocado repugnancia en la mayoría de los mortales; y en los que, sin embargo, Francisco parecía descubrir una belleza oculta y atrayente. La ternura de Francisco está teniendo la virtud de rescatar del anonimato muchos de los rostros de los desheredados de la tierra, al mismo tiempo que nos cuestiona el porqué de nuestro miedo a la ternura: miedo a la vulnerabilidad, miedo a la afectividad, miedo al compromiso del amor, miedo a conocer al hombre o a la mujer real que está oculto bajo un disfraz o coraza.

En segundo lugar, otro gran valor de la Navidad consiste en desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que este es un presupuesto necesario para la felicidad. No es verdad que uno viva mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en su comodidad. ¡Eso no es más que un lento suicidio!

Nuestra felicidad consiste en descubrir que cada uno tenemos una misión en esta vida que da la razón de ser a nuestra llegada a este mundo (¿Cómo no recordar en el tiempo de Navidad la película “Qué bello es vivir”?). Pero para poder compartir la vida desde una entrega generosa, es necesario convencerse de que cada persona es digna de nuestra entrega. Aquí, ciertamente, los creyentes tenemos una ventaja, al

percibir que todo ser humano es objeto de la ternura infinita de Dios. Más allá de toda apariencia, cada persona es inmensamente sagrada y merece nuestro amor, como si se tratase de nuestro familiar más cercano.

En tercer lugar, otro valor clave es el de la esperanza. Tenemos que estar atentos a la tentación del pesimismo y del fatalismo, que nos lleva a pensar que no merece la pena luchar porque todo está perdido. Es verdad que a veces la injusticia hacia los más inocentes parece imponerse; pero también es cierto que una y otra vez comprobamos cómo en medio de escenarios arrasados, vuelve a brotar la vida de forma persistente e invencible. ¡Cada día en el mundo renace la belleza! Los cristianos tenemos también aquí una potencialidad superior para la esperanza, debido a nuestra fe en la Resurrección. Donde todo parece que ha muerto, vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. ¡Todos los actos de amor realizados en esta vida son eternos! No se pierde ninguno de ellos: ninguna de nuestras lágrimas, ninguna preocupación por los demás, ningún cansancio generoso, ni ninguna dolorosa paciencia con la que hayamos sobrellevado los defectos del prójimo...

Por todo ello —por la importancia de profundizar en los valores navideños— el Papa Francisco nos invita a recuperar el espíritu contemplativo, que nos permita “bucear” en el misterio que encierra la vida. Como decía Pascal: “El hombre supera infinitamente al hombre”. El Niño del portal de Belén, es la mayor muestra de ello.